

Nada

JANNE TELLER

 **Planetalector**
Literatura Infantil y Juvenil



Colección Fuera de Órbita

Título original: *Intet*

Diseño de colección:

María de los Ángeles Vargas T.

© del texto, Janne Teller, 2006 ©

Traducción: Carmen Freixanet, 2011 ©

Diagramación:

Editorial Planeta Chilena S.A., 2019 Av.

Ricardo Alarcón Klaussen

Andrés Bello 2115, piso 8 Providencia,

Santiago de Chile. www.planetalector.cl

www.planetadelibros.cl

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo por escrito del editor.

Imagen de portada: Shutterstock

Primera edición por Planeta Lector |

diciembre 2019

El libro original protege el trabajo del autor, diseñador y del equipo editorial. Comprar el original es respetar ese trabajo. No fomentes el delito de la piratería.

ISBN | 978-956-9962-89-9

Impreso en Chile / Printed in Chile

II

Pierre Anthon dejó la escuela el día que descubrió que no vale la pena hacer nada puesto que nada tenía sentido.

Los demás nos quedamos.

Y a pesar de que el profesor se apresuró a borrar toda huella de él, tanto en la clase como en nuestras mentes, algo suyo permaneció en nosotros. Quizá por eso pasó lo que pasó.

Era la segunda semana de agosto. El fuerte sol hacía que nos sintiéramos holgazanes e irritables; el asfalto se pegaba a las suelas de goma de nuestras zapatillas, y las peras y las manzanas de puro maduras eran propicias a la mano para usar como misiles. No mirábamos ni a derecha ni a izquierda. Era el primer día de escuela tras las vacaciones de verano. La clase olía a productos de limpieza y a vacío prolongado, las ventanas nos devolvían reflejos de imágenes nítidas y deslumbrantes y no se veía rastro de polvo de tiza en el pizarrón. Los pupitres se hallaban colocados de dos en dos en filas rectas como pasillos de hospital, tal y como sólo podía ocurrir ese único día del año. Clase de 7º «A».

Encontramos nuestros sitios sin que nos apeteciera zaranear la familiaridad de ese orden.

Con el tiempo, vienen los remedios, viene el desbarajuste. ¡Pero hoy no!

Eskildsen nos dio la bienvenida con la misma ocurrencia de cada año.

—Alégrense de este día, jovencitos —dijo—. No existiría lo que llamamos vacaciones si no existiera lo que llamamos escuela.

Nos reímos. No porque la ocurrencia fuera divertida, sino por la forma de decirlo.

Entonces fue cuando Pierre Anthon se levantó y dijo:

—Nada importa. Hace mucho que lo sé. Así que no vale la pena hacer nada. Eso acabo de descubrirlo.

Con entera tranquilidad se agachó, recogió sus cosas, que precisamente acababa de sacar, y las vol-vió a meter en la mochila. Se despidió con una inclinación de cabeza acompañada de un gesto de todo me da igual y abandonó la clase sin cerrar la puerta tras él.

Y la puerta sonrió. Era la primera vez que le veía hacer eso a la puerta. Pierre Anthon dejó la puerta entreabierta como fauces riendo que podían engullirme si me dejaba seducir y lo seguía. Sonreía. ¿A quién? A mí. A nosotros. Miré a mi alrededor y a todos, aquel molesto silencio me revelaba que los demás también se habían dado cuenta.

Íbamos a convertirnos en algo.

Y algo quería decir alguien. No era nada que se dijera en voz alta. Aunque tampoco en voz baja. Simplemente era algo que estaba en el aire o en las horas o en la valla que rodeaba la escuela o en nuestra almohada o en nuestros peluches que injustamente, tras haber hecho su función, yacían apilados en el sótano o en el altillo acumulando polvo. No lo sabía. La puerta sonriente de Pierre Anthon me lo reveló. Seguía sin saberlo con la cabeza, pero ahora lo sabía.

Tuve miedo. Miedo por Pierre Anthon.

Miedo, más miedo, muchísimo miedo.

Vivíamos en Tæring, un barrio de una ciudad mediana de provincias. No era un lugar bonito, pero casi. Era lo que nos decían a menudo, ni en voz muy alta ni en voz muy baja. Caserones de muros agrietados color amarillo y pequeñas parcelas con casas rojas rodeadas de jardín; nuevas casas adosadas, marrón grisáceo; y departamentos en los que vivían aquellos con los que nunca jugábamos. También había algunas viejas casas de ladrillo con entramado de madera y granjas que habían dejado de ser explotaciones agrarias para convertirse en parcelas para la construcción, y algunas mansiones blancas en las que vivía la gente más fina que nosotros.

La escuela de Tæring estaba situada en el cruce entre dos calles. Todos, excepto Elise, vivíamos en una de las dos, que se llamaba Tæringvei. Elise, a veces, se desviaba del camino dando un rodeo para ir con nosotros hasta la escuela. Eso era antes de que Pierre Anthon dejara la escuela.

Pierre Anthon vivía con su padre y el resto de la comuna en el número 25 de Tæringvei, en una gran-ja venida a menos. El padre de Pierre Anthon y los miembros de la comuna eran hippies que todavía vi-vían en 1968. Eso era lo que decían nuestros padres, y aunque no terminábamos de entender qué significaba, nosotros lo repetíamos. En el jardín de delante de la casa, junto a la calle, había un ciruelo. Un árbol gran-de, viejo y retorcido que se inclinaba sobre el seto y nos tentaba con ciruelas victoria de color rojo opaco que no lográbamos alcanzar. Los años anteriores saltába-mos para agarrarlas. Este año no. Pierre Anthon dejó la escuela para treparse a ese ciruelo, quedarse senta-do en él y desde ahí tirar ciruelas todavía verdes. Algu-nas nos daban. No porque él apuntara hacia nosotros, ya que el esfuerzo no valía la pena, según afirmó. Sólo la casualidad lo quería así.

Y nos gritaba cosas.

—Todo da igual —dijo un día—. Porque todo em-pieza sólo para acabar. En el mismo instante en que nacen ya empiezan a morir. Y así ocurre con todo.

»¡La Tierra tiene cuatro mil seiscientos millones de años, pero ustedes van a llegar como máximo a los cien! —chilló otro día—. Existir no vale la pena en absoluto.

Y continuó:

—Todo es un gran teatro que consiste sólo en fin-gir y en ser el mejor en ello.

Hasta entonces no había nada que nos hubiera hecho pensar que Pierre Anthon fuera el más inteligente de nosotros, pero de repente nos lo pareció a todos. Porque era él el que había dado con algo revelador. Aunque no nos atreviéramos a reconocerlo. Ni ante nuestros padres ni ante nuestros profesores ni tampoco entre nosotros. Ni tan siquiera en nuestro fuero interno lo reconocíamos. No queríamos vivir en ese mundo que Pierre Anthon nos presentaba. Nosotros íbamos a ser algo, íbamos a ser alguien.

La puerta abierta sonriendo no nos tentaba.

De ninguna manera. ¡En absoluto!

Por eso se nos ocurrió todo. Que se nos ocurriera a nosotros quizá sea exagerar un poco porque, en realidad, fue Pierre Anthon el que nos puso sobre la pista.

Fue la mañana en que dos ciruelas duras, una tras otra, le dieron a Sofie en la cabeza y ella se enojó de verdad con Pierre Anthon porque pasaba las horas en el árbol arrebatándonos el coraje.

—Te pasas las horas muertas aquí embobado mirando el aire. ¿Acaso sea eso mejor que lo nuestro? —le gritó ella.

—Ni al aire ni embobado —respondió Pierre Anthon—. Miro al cielo y me ejercito en no hacer nada.

—¡Mierda haces, eso haces! —gritó Sofie enfadada y lanzó un palo hacia arriba, en dirección al árbol y a Pierre Anthon. Pero aterrizó en el seto lejos de él.

Pierre Anthon se rio y chilló tan fuerte que se le pudo oír desde la escuela.

—Si valiera la pena enfadarse por algo, también existiría algo por lo que alegrarse. Si mereciera la pena alegrarse por algo, existiría algo que importara. ¡Y no es así!

Todavía levantó la voz un tono más y aulló:

—Dentro de pocos años, todos muertos y olvidados; se van a convertir en nada, así que también ustedes ya deberían empezar a practicar.

Fue entonces cuando tuvimos claro que debíamos conseguir que Pierre Anthon bajara del ciruelo.

III

Un ciruelo tiene muchas ramas.

Muchas y largas.

Demasiadas y demasiado largas

La escuela Tæring era grande y cuadrada, de cemento gris y de dos pisos. Realmente fea, pero a la mayoría de nosotros no nos sobraba tiempo

para pensar en ello, y mucho menos ahora que todo nuestro tiempo se iba en procurar no pensar en lo que Pierre Anthon decía.

Pero ese martes por la mañana, transcurridos ocho días desde el inicio del nuevo curso, fue como si la fealdad de la escuela nos golpeara en la cara igual que una de esas amargas ciruelas de Pierre Anthon.

Yo, acompañada de Jan-Johan y Sofie, crucé la puerta del patio. Rikke-Ursula y Gerda iban justo detrás. Al girar la esquina y aparecer el edificio ante nuestros ojos, nos quedamos mudos. No puedo explicar qué, pero fue como si Pierre Anthon nos hubiera revelado la existencia de algo. Como si la nada que él

vociferaba desde el ciruelo se hubiera apoderado de nosotros por el camino y se materializara ahora.

La escuela era tan gris y fea y cuadrada que casi me impedía respirar, y de repente fue como si la escuela fuera la vida y la vida no debiera tener ese aspecto, pero, sin embargo, lo tenía. Sentí una incontenible necesidad de correr hasta el número 25 de la calle Tæring y trepar al ciruelo y quedarme junto a Pierre Anthon mirando al cielo hasta convertirme en parte del exterior y de la nada, y no tener que pensar nunca más. Pero iba a convertirme en algo y también en alguien, así que no fui corriendo a ninguna parte y en vez de eso me clavé las uñas en la palma de la mano hasta hacerme daño y sentir dolor.

¡Puerta sonriente, ciérrate, ciérrate de una vez! No era la única que sentía la llamada del exterior. —

Tenemos que hacer algo —susurró Jan-Johan, bien bajo, para que los de la otra clase de séptimo que iban a unos pasos delante no nos oyeran. Jan-Johan sabía tocar la guitarra y cantar las canciones de los Beatles sin que pudiera notarse ninguna diferencia entre él y los auténticos.

—Sí —susurró Rikke-Ursula, de quien yo sospechaba que estaba un poco encaprichada por él, y al instante Gerda soltó una risita apagada a la vez que lanzaba un codazo le dio al aire, porque Rikke-Ursula acababa de avanzar un paso despegándose de ella.

—¿Pero qué? —susurré yo y corrí porque ahora los de la otra clase de séptimo estaban sospechosamente cerca, y entre ellos estaban los chicos que al primer descuido hacían puntería con gomas y arvejas secas contra nosotras, y ese momento parecía que iba a llegar pronto.

Jan-Johan nos pasó un mensaje durante la clase de matemáticas y todos nos reunimos abajo, en la cancha de fútbol, al terminar el día. Todos a excepción de Henrik. Porque Henrik era el hijo del profesor de biología y no queríamos correr ningún riesgo con él.

Primero pareció que se iba mucho tiempo hablando de otras cosas y fingiendo que no pensábamos todos en una misma y sola cosa. Pero al fin Jan-Johan se irguió y casi solemnemente dijo que le escucháramos con atención.

—Esto no puede continuar así —empezó diciendo, y así fue también como concluyó, después de decir sucintamente lo que todos sabíamos, es decir, que no podíamos continuar haciendo como si hubiera cosas que importaban mientras Pierre Anthon siguiese sentado en el ciruelo gritándonos que todo carecía de significado.

Acabábamos de empezar séptimo curso y todos éramos tan modernos y experimentados en la vida como para saber muy bien que todo consistía más en cómo lucían las cosas que en cómo eran. Sea como fuere,

lo más importante era convertirse en algo que tuviera apariencia de algo. Y aunque este algo fuera un tanto vago y confuso, no era, en todo caso, como para quedarse sentado en un ciruelo tirando ciruelas a la calle.

Pierre Anthon no tenía por qué pensar que podría convencernos de cualquier otra cosa.

—Seguro que se bajará cuando llegue el invierno y no queden ciruelas —dijo la linda Rosa.

No sirvió de mucho.

En primer lugar, el sol cubría el cielo prometiendo varios meses de buen tiempo antes de la llegada del invierno. Por otra parte, no había razón alguna para suponer que Pierre Anthon no se quedara sentado en el ciruelo cuando ya no quedaran ciruelas. Sólo tenía que abrigarse bien.

—Entonces van a tener que darle una paliza —dije mirando a los chicos, porque estaba claro que aunque las chicas pudiéramos contribuir con arañazos, eran ellos los que tenían que hacer el trabajo duro.

Los chicos se miraron unos a otros.

Y decidieron que no era una buena idea. Pierre Anthon era ancho y fuerte y con cantidad de pecas en la nariz que una vez, yendo a quinto, se rompió por darle un cabezazo a un chico que iba a noveno. Y a pesar de su nariz rota, ganó la pelea. Al chico que iba a noveno lo internaron en el hospital con conmoción cerebral.

—Es mala idea eso de pegarse —dijo Jan-Johan. Los demás chicos asintieron y no se habló más del asunto, aunque en nosotras disminuyó el respeto que les teníamos.

—Debemos rezarle a Nuestro Señor —dijo el piadoso Kai, cuyo padre pertenecía a La Misión y era alguien importante ahí adentro y, por lo visto, también su madre.

—Cierra el pico —atronó Ole y le pegó tan fuerte que el piadoso Kai no pudo mantener el pico cerrado porque gritó como un pollo decapitado y los demás tuvimos que sujetar a Ole para que los chillidos no atrajeran al celador.

—Podemos presentar una queja —propuso la pequeña Ingrid, tan pequeña que no siempre recordábamos que estaba con nosotros.

Pero hoy lo recordamos y respondimos a coro:

—¿A quién?

—A Eskildsen.

La pequeña Ingrid se percató de la incredulidad en nuestras miradas. Eskildsen era nuestro tutor, lle-vaba gabardina negra, reloj de oro y no se inmutaba ante los problemas, fueran éstos pequeños o grandes.

—Al subdirector entonces —continuó diciendo. —El subdirector —gruñó Ole, y le hubiera pegado si Jan-Johan no se hubiera interpuesto rápidamente entre los dos.

—No podemos quejarnos ni a Eskildsen ni al subdirector ni a ningún adulto, porque si nos quejamos de Pierre Anthon subido al ciruelo, tendremos que explicar lo que dice. Y eso es imposible, porque los adultos no querrán oír que sabemos que en realidad nada tiene sentido y que todos simplemente fingimos.

Jan-Johan abrió los brazos y al momento nos imaginamos a todos los expertos, pedagogos y psicólogos que vendrían a analizarnos, a hablarnos y convencer-nos hasta que al fin desistiéramos y volviéramos a fingir que algunas cosas importaban. Tenía razón: era tiempo perdido, no nos llevaría a ninguna parte.

Durante un rato nadie dijo nada.

Miré hacia el sol frunciendo los ojos y después miré los palos del arco sin red, y luego la arena de la pista de lanzamiento de bala, las colchonetas para salto en alto y la pista de los cien metros. Una leve brisa se arremolinó en los setos de haya que rodeaban la cancha de fútbol, y de repente fue como si estuviera en la clase de gimnasia un día común, y casi olvido por qué debíamos conseguir que Pierre Anthon bajase del ciruelo. «Por mi parte puede quedarse allí sentado y chillando hasta que se pudra», pensé. Pero no lo dije. La certeza del pensamiento duró sólo el instante de ser formulado.

—Tirémosle piedras —propuso Ole, y entonces iniciamos una larga discusión acerca de dónde encontraríamos las piedras, lo grandes que debían ser y quién las tiraría, porque la idea era buena.

Buena, mejor, la mejor.

No teníamos otra.